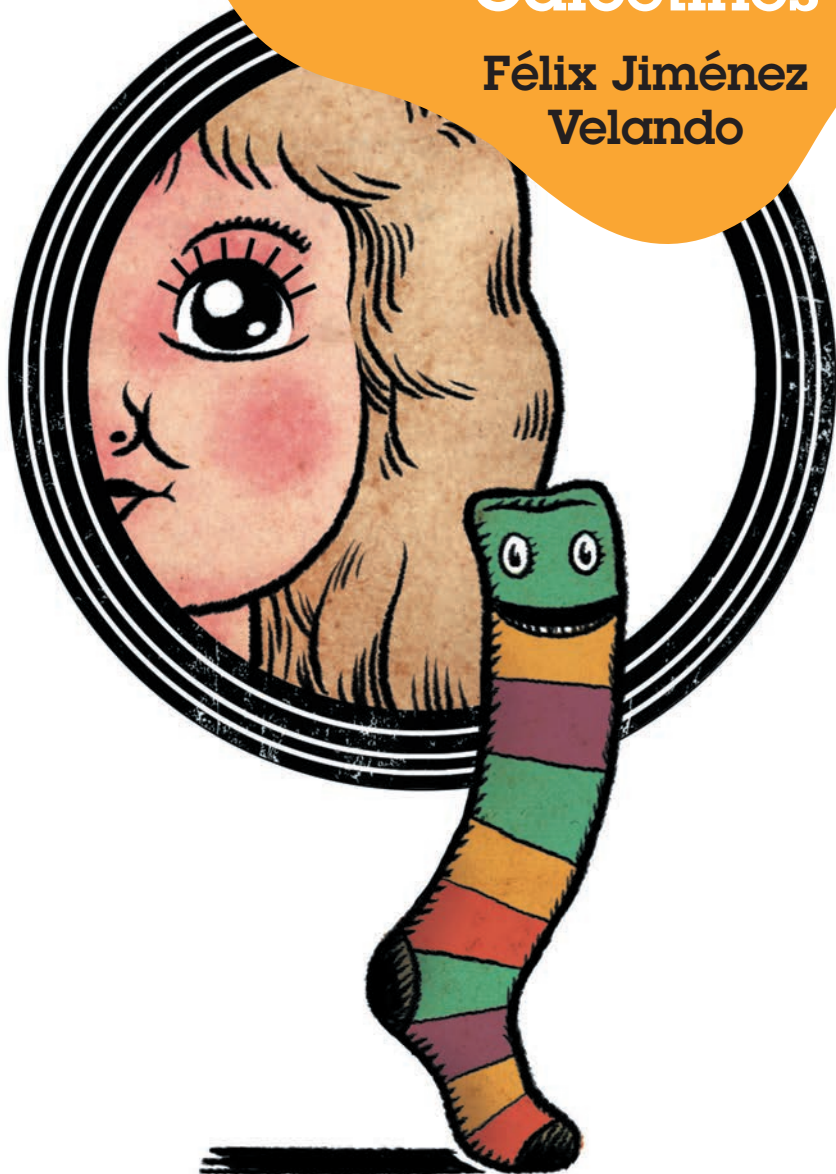


**bam
bú**

AMÉRICA

Calcetines

**Félix Jiménez
Velandó**



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2012, Félix Jiménez Velando

© 2012, Editorial Casals, S.A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambuamerica.com

Ilustraciones interiores y de la cubierta:

Marc Torrent

Diseño de la colección: Miquel Puig

Tercera edición: diciembre de 2013

ISBN: 978-84-8343-218-1

Depósito legal: B-13685-2012

Printed in Spain

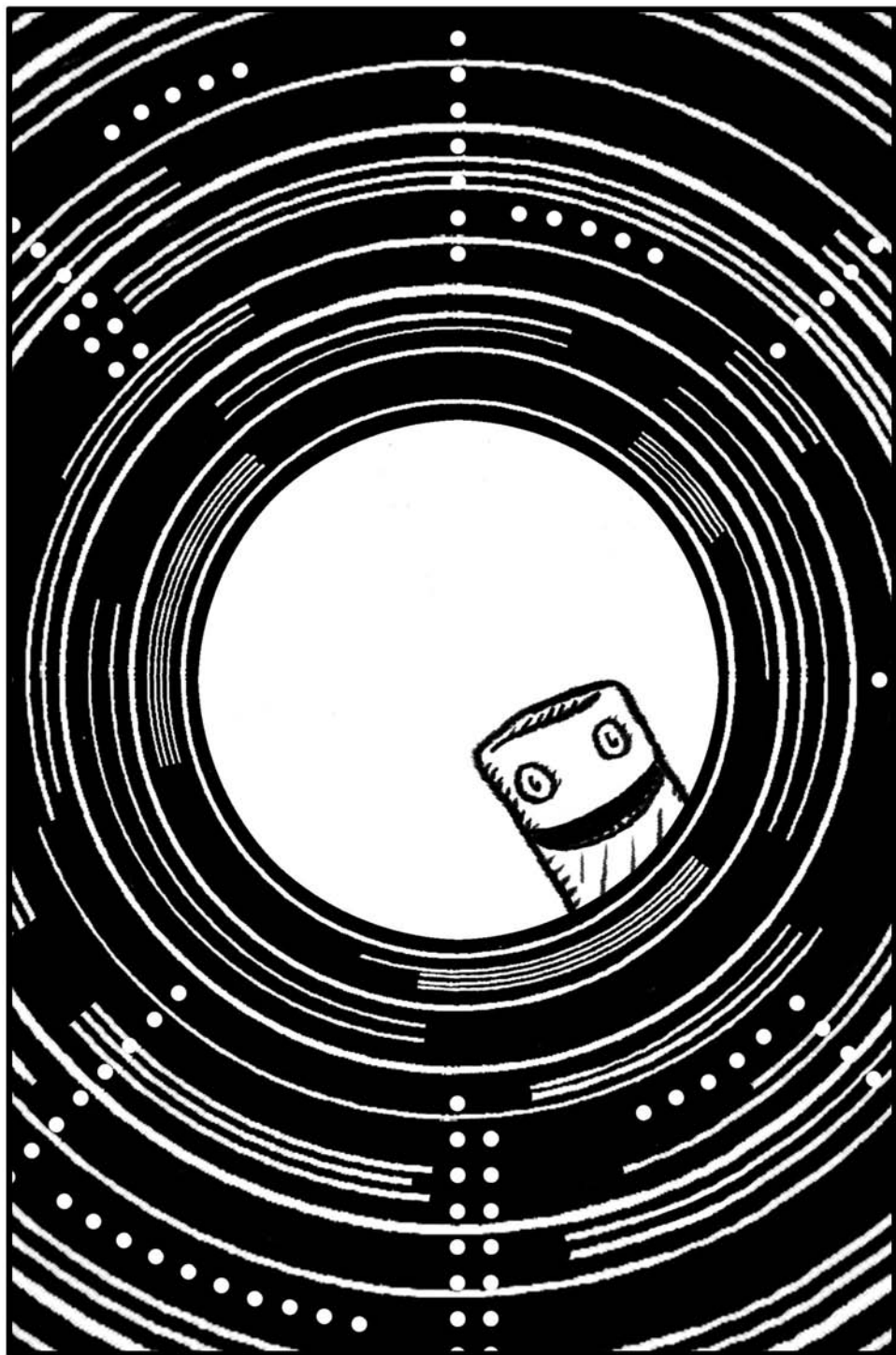
Impreso en Anzós, S. L., Fuenlabrada

(Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Dos hermanos muy peculiares	7
Un nuevo hogar	11
El día en el que Flix desapareció	17
Un calcetín sin esperanza	23
El plan de Tol	33
Vistiendo a la muñeca	43
Un paseo por el costurero	55
¡Hacia el mundo exterior!	59
Salir o no salir	63
Las primeras aventuras	67
¡Perseguidos!	73
Una inesperada salvadora	79
¡Ay, la crisis energética!	91
Y ahora, ¿qué?	99
Una nueva casa	109



Dos hermanos muy peculiares

Hay muchos que dicen que Flix está un poco loco. Y sí, la verdad, podemos afirmar que sus gustos son diferentes a los de la mayoría. Por ejemplo, lo que más le gusta en esta vida es esconderse en el lavarropa y esperar a que lo pongan en marcha. Dentro de él aguarda ansioso a que llegue el momento del centrifugado, cuando la máquina comienza a acelerarse y el tambor da vueltas y vueltas, cada vez más rápidamente.

Entonces Flix se queda pegado a las paredes del tambor por la fuerza centrífuga, y grita y grita por lo bien que la está pasando. Flix no sabe qué es la fuerza centrífuga, porque no fue a clase el día en que la explicaron. Solo lo llevan al colegio un día o dos por semana, así que va aprendiéndose las cosas

a tropezones. Sabe lo que es sumar, pero se le dan muy mal las restas. Lo mismo le pasa con las multiplicaciones (puede hacer las menos complicadas), pero de divisiones anda mal, de modo que si hay que repartir algo entre varios, mejor que no se ocupe él de la operación, porque lo más probable es que termine quedándose con todo.

Su hermano Tol siempre se enoja con él. No le gusta que se cuele en el lavarropa, que esté siempre haciendo rabiar a Arañazo –el gato de la casa–, que se vaya a jugar con el primero que pasa ni que se esconda en los roperos para intentar dar sustos a todo el mundo. Todos creen que Tol es un cobarde, pero él se defiende diciendo que tiene gustos más normales. Disfruta mucho cuando lo dejan colgado al sol durante horas. O cuando le pasan una plancha bien calentita por encima. Sí, sí, puede que eso no parezcan gustos normales, pero si se es un calcetín, como lo son Tol y Flix, no resulta tan extraño.

Pue sí, Tol tiene muchos motivos para enojarse con su hermano. Por su culpa, más de una vez, cuando tendría que haber ido al cajón de la ropa limpia, lo mandaron al cajón de las cosas sin pareja porque Flix estaba de fiesta por ahí y no aparecía por ningún lado. Y, por lo tanto, muchos días, cuando podría haber salido a la calle en los pies de Bruno, su

dueño, se tuvo que quedar aburrido esperando a que su hermano apareciera. No son grandes problemas, pero lo molestan. Lo que no sabe Tol es que eso no es nada comparado con lo que le va a ocurrir por las travesuras de su hermano.

Un nuevo hogar

Flix y Tol nacieron juntos dentro de la Gran Máquina en un país muy lejano. Cuando salieron de las entrañas de la máquina, una mujer los unió con un hilo, los metió en una bolsa de plástico e introdujo la bolsa en una caja. Y la caja fue a parar a un contenedor en el que había miles de calcetines como ellos. Después llevaron el contenedor a un barco y en él navegaron durante un mes y medio, hasta que atracaron en el puerto de otro continente. Más tarde llegó mucha gente con camiones y camionetas, y se los fueron llevando a distintos lugares. A Flix y Tol los dejaron, junto a muchos calcetines como ellos, en un negocio en el que había ropas llegadas de todo el mundo. Ahí, las otras prendas se burlaban de ellos porque tenían un precio muy bajo. Tal vez porque eran muy baratos,

duraron poco en el local, a diferencia de otras prendas que sí, podrían ser muy caras y muy lujosas, pero llevaban semanas esperando y no había quien las comprara.

–Se van a quedar pasados de moda –les dijo Flix cuando se los llevaban–. La moda cambiará y aún seguirán acá, y entonces, ¿qué va a ser de ustedes?

–Calla, ¿quieres? –dijo Tol–, que se van a enojar.

Pero a Flix le daba igual que se enojaran y, la verdad, lo hicieron, porque lo peor que le puede suceder a una prenda es que se pase de moda. Si, al menos, te compraron y te usaron, tendrás cosas que recordar cuando ya no vistas a nadie y estés encerrada en un ropero. Pero si lo único que hiciste fue estar en un negocio, sufriendo porque nadie te compra, ¿qué buenos recuerdos tendrás para la vejez?

Pero a Flix y a Tol eso ya no los inquietaba. Recién los habían comprado y su dueña los llevaba en una bolsa camino del que iba a ser su hogar.

Al llegar a la casa, su compradora los metió en el cajón de un ropero. Ahí, un calzoncillo que decía llamarse Cien por cien algodón (¡vaya nombre!) le explicó que esa mujer era Marta, la mamá de Bruno, y que Bruno era el chico al que todos ellos pertenecían, aunque algunos, los más viejos del cajón, habían pertenecido antes a Pedro, el hermano de Bruno.

Bruno era un chico de diez años al que le gustaba algo llamado fútbol, pero para jugar a eso tenía unos calcetines largos muy gritones que se llamaban Medias. Alguien llamó a Medias y ahí aparecieron; y sí, eran muy largas, como tres veces Flix, y de color blanco con una franja violeta.

–¿De qué equipo son? –preguntó una de las Medias a Tol y a Flix, que tenían franjas de todos los colores: violeta, verde, amarillo, azul, rojo, naranja, rosa...

–¿Equipo? –preguntó extrañado Tol.

–Nunca vi ningún equipo con tantos colores –dijo la otra media–. No puede ser un equipo serio.

Y, de pronto, se puso a gritar y a quejarse.

–¡Ay, ay, ahhhh!

–¿Qué... qué te pasa? –le preguntó sorprendido Flix.

–Alguien le dio una patada en la espinilla –explicó su compañera.

–Pero... si nadie te tocó –le indicó Tol.

–Bueno, pero si cuela, cuela –respondió muy tranquila la Media que hasta ese momento había gritado como una loca.

–¿Por qué se llaman Medias si son tan grandes? ¿No deberían llamarse «enteras» o algo así? –les preguntó Flix.